

RASTREANDO LA EVOLUCIÓN DE LA CIENCIA LÚGUBRE

*Grand Pursuit: The Story of Economic Genius**

Sylvia Nasar

New York: Simon & Schuster, 2011, 558 p.

En 1998, Sylvia Nasar saltó a la fama en el mundo anglosajón con la publicación de *A Beautiful Mind* (New York: Simon & Schuster, 1998), su aclamada biografía de John Nash, el genio matemático que padecía de esquizofrenia y que ganó el Premio Nobel de Economía por sus contribuciones al desarrollo de la teoría de juegos. El libro, traducido al español como *Una mente prodigiosa* (Barcelona: Mondadori, 2001), se convirtió también en un popular filme que ganó el Oscar a la Mejor Película en 2001.

Nasar, quien fue periodista de las páginas económicas de *The New York Times* y es hoy profesora de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Columbia, en Nueva York, ha escrito ahora, no la biografía de un genio, sino la historia de una idea económica. El propósito de *Grand Pursuit: The Story of Economic Genius* es rastrear la conversión de la economía, de una disciplina marcada por el pesimismo (la «ciencia lúgubre», según el célebre baculazo del historiador Thomas Carlyle) a una que poco a poco entendió que el capitalismo puede ser un promotor de prosperidad y no necesariamente un generador de miseria. Escribe Nasar:

La idea de que el hombre es una criatura de su circunstancia, y que esas circunstancias no eran predeterminadas, inmutables, o absolutamente impermeables a la intervención humana es uno de los descubrimientos más radicales de todos los tiempos. ... Era un llamado al optimismo y a la acción, en vez del pesimismo y la resignación. Antes de 1870, la economía versaba principalmente sobre lo que no se podía hacer; después de 1870, era principalmente sobre lo que se podía hacer. La idea [de que era posible el progreso material de la humanidad] se afianzó durante la Era Victoriana en Londres. De allí se propagó como ondas en un estanque hasta que transformó sociedades enteras alrededor del mundo. Todavía se está propagando.

* Las citas de *Grand Pursuit* fueron traducidas al español por el autor de esta reseña.

Pero, además, *Grand Pursuit* tiene otro gran tema que, aunque Nasar no lo enmarca así explícitamente, es un hilo conductor de buena parte del libro: el desarrollo de la noción de que los grandes ciclos de la economía y el desempleo masivo no son un mal inevitable del capitalismo, pues la sociedad puede, mediante la intervención del Estado, prevenir, mitigar o corregir las recesiones. La estrella aquí, por supuesto, es John Maynard Keynes, y los temas de fondo, todavía hoy objeto de debate, se refieren a los alcances de la políticas monetaria y fiscal y a si esos altibajos macroeconómicos son generados por el propio sistema económico, se derivan de choques aleatorios externos o si, como sostenía Schumpeter, son intrínsecos al sistema y lo depuran.

El título del libro, *Grand Pursuit: The Story of Economic Genius*, puede traducirse como espléndida o magnífica búsqueda o vocación, la historia del genio económico. De hecho, la obra es una especie de homenaje intelectual a quienes, en opinión de Nasar, han contribuido a convertir la disciplina de la economía en un «instrumento de maestría» — hombres y mujeres que ayudaron a construir el «motor de análisis» de que hablara Marshall y a innovar sobre la economía como «aparato de la mente», al decir de Keynes.

Aunque en los tiempos que corren puede resultar un despropósito ensalzar las virtudes de nuestra cuestionada disciplina, *Grand Pursuit* es un texto absorbente y muy bien escrito — con frecuencia elocuente. Nasar hace gala de las dos cualidades claves de un buen periodista económico: la capacidad de darle contexto a su relato y la facilidad para traducir a lenguaje sencillo las complejidades de la economía. El libro, además, refleja una enorme diligencia investigativa a partir de fuentes primarias y secundarias, y un ojo poco común para el detalle revelador.

El lector encuentra en las páginas de *Grand Pursuit* perlas fascinantes que le imprimen gran agilidad y hasta humor al texto. Las simpatías republicanas del novelista Charles Dickens «eran tan difíciles de ignorar como las escandalosas corbatas que ostentaba». Karl Marx, un personaje que evidentemente no goza de las simpatías de Nasar, era un hombre «de corta estatura, fornido, una figura casi napoleónica, de grueso pelo muy negro que le brotaba de mejillas, brazos, nariz y orejas». De Beatrice Webb, la escritora socialista y fundadora con su marido, Sidney, del London School of Economics, nos enteramos que «los hombres se encantaban con ella, especialmente cuando se daban cuenta de que se negaba a tomarlos en serio». De Joan Robinson, la iconoclasta economista de Cambridge que abrazó con ardor el maoísmo y su poco femenina indumentaria, dijo Joseph Schumpeter que era «uno de los mejores de nuestros hombres». Y Milton

Friedman, el futuro adalid de la libertad de mercados, contribuyó a implantar en los Estados Unidos el sistema de retención de impuestos en la fuente que, más que muchos otros factores, ayudó a expandir para siempre el tamaño del sector público.

El libro se divide en tres partes o «actos»: esperanza, temor y confianza. Esperanza se refiere a los esfuerzos de pensadores victorianos por diagnosticar las causas y buscar soluciones a lo que entonces se denominaba la «cuestión social» – los extremos de pobreza y riqueza desatados en Inglaterra por la primera fase de Revolución Industrial y la consecuente aprehensión de que estallaría un levantamiento popular. Temor, el segundo acto de *Grand Pursuit*, se refiere al periodo de gran inestabilidad económica entre las dos guerras mundiales y, en particular, a la crisis de la Gran Depresión de los años treinta, cuando el mundo heredado del siglo XIX y las virtudes del *laissez-faire* quedaron en entredicho. Confianza, el tercer acto, trata de cómo, después de la Segunda Guerra Mundial, se esparció a todos los rincones del mundo la prosperidad de Occidente, impulsada, insinúa Nasar, por el mayor control de la política económica, producto de la revolución keynesiana y de la aplicación de los modelos desarrollados por los economistas.

La primera parte es la más sustantiva del libro. Dos figuras de la segunda mitad del siglo XIX se destacan aquí: Karl Marx, para quien la rapacidad de los capitalistas mantenía a los trabajadores explotados al filo de la subsistencia, y Alfred Marshall, profesor de la Universidad de Cambridge, quien fue pionero en darse cuenta de que en su época estaba ocurriendo precisamente lo contrario, que el crecimiento económico estaba generando un aumento en el estándar de vida de los trabajadores.

Para los economistas clásicos ingleses, inspirados en las ideas de Malthus, la Ley de Hierro de los Salarios implicaba que, a largo plazo, las presiones demográficas mantenían la remuneración al trabajo en el nivel de subsistencia; sin el motor del cambio tecnológico, la economía tendía hacia el llamado estado estacionario. La pobreza era consecuencia de la irresponsabilidad de los pobres, quienes se reproducían más allá de las posibilidades de la economía. Para Marx, en cambio, los extremos de riqueza y de pobreza de su época eran consecuencia de la Revolución Industrial. «La pobreza —escribe Nasar— no era, por supuesto, nueva». Pero la pobreza urbana extrema paralela a la creciente riqueza parecía artificial, «hecha por el hombre». Según la doctrina marxista, los pobres eran pobres porque los ricos eran ricos. El proletariado tenía pocas esperanzas de mejorar, de manera que el sistema conducía inexorablemente a la revolución — el pronóstico que muchos creían posible.

Inspirado en Marx y en las vívidas novelas de Dickens, que describían la desgarradora miseria urbana de la Inglaterra victoriana, Alfred Marshall «no dudaba que la principal causa de la pobreza eran los bajos salarios, pero ¿qué causaba que los salarios fueran bajos?». Marshall llegó a un diagnóstico distinto: la causa era la baja productividad. De sus observaciones directas en las muchas empresas que visitaba —a diferencia de Marx, quien, según Nasar, jamás pisó una fábrica— Marshall dedujo que «la competencia obligaba a los propietarios y gerentes a introducir constantemente pequeños cambios para mejorar sus productos, sus técnicas de producción». En estas circunstancias, se elevaba la demanda por trabajadores entrenados que devengaban «dos, tres, cuatro veces» más que trabajadores sin entrenamiento.

... la demanda por trabajo, no solo la oferta, ayudaba a determinar el salario. Si este era el caso, el salario promedio no sería estacionario. En la medida en que la tecnología, la educación y las mejoras en la organización aumentaban la productividad, el ingreso de los trabajadores aumentaría en paralelo. Los frutos de una mejor organización, del conocimiento y de la tecnología eliminarían, con el tiempo, la principal causa de la pobreza. La actividad y la iniciativa, no la resignación, estaban a la orden del día.

Marshall, en otras palabras, destruyó, con su observación e intuición, tanto el paradigma clásico, de que la única forma de elevar los salarios era limitando el aumento de la población, como el marxista, de que los capitalistas acaparaban todos los frutos del progreso. Inició así la transformación de la economía en el estudio de las formas de mejorar la condición material de la sociedad. La «ciencia lúgubre» dejó de ser lúgubre.

A pesar de su amenidad, *Grand Pursuit* tiene varios problemas. El principal de ellos es que, después de Marshall, el libro se diluye en otros temas pues, en cierto modo, abandona su propósito original. Ya la obra no es la historia de «la idea» sino un tour, por lo general entretenido, por temas de contexto político y económico y, en especial, por detalles de la vida pública y privada de sus personajes. El resultado es un libro idiosincrásico, una mezcla de las teorías económicas y de las vidas de los teóricos, donde con frecuencia su entusiasmo por lo anecdótico desvía su atención del tema central. Más que una historia con coherencia narrativa, el libro es un mosaico de vidas de economistas. El lector se lleva la sensación de que Nasar ha escogido algunos personajes más por su colorido y vivacidad que

por su pertinencia para la historia que se propuso abordar. Además, contrario a lo que anuncia el subtítulo, esta no es, como observó Robert Solow en una reseña del libro, una historia del «genio económico»: algunos personajes lo son, otros lo son menos, y otros más no lo son.

Pero, además, el libro omite temas esenciales. Por ejemplo, no se considera a espacio el renacimiento de la teoría del crecimiento económico después de Keynes y solo hay una pasajera alusión al trabajo pionero de, precisamente, Solow, quien llevó al centro de la teoría del crecimiento la importancia fundamental del cambio tecnológico. Saltar de Keynes a las excentricidades de Joan Robinson y, pasando por Friedman y Samuelson, brincar al trabajo de Amartya Sen deja mucho por fuera. De hecho, la gran evolución de «la idea» después de 1950 recibe somera atención. Se ignora, por ejemplo, un tema de frontera tan pertinente como el rico debate actual sobre el papel de las instituciones, la geografía y la cultura en el crecimiento económico a largo plazo.

Una omisión mayor es también la referencia pasajera que el libro hace a la actual recesión del mundo desarrollado. Nasar escribe que «aun la Gran Recesión de 2008 a 2009, la más severa crisis económica desde los años treinta, no reversó las ganancias anteriores en productividad e ingresos. La expectativa de vida siguió aumentando. El sistema financiero mundial no colapsó. No ocurrió una segunda gran depresión». Todo ello es cierto... hasta ahora. Pero el punto es otro: parte de la responsabilidad de la crisis es del pensamiento económico imperante — del supuesto «instrumento de maestría» que ayudaron a forjar los héroes de Nasar. Para muchos economistas —más notablemente, Paul Krugman y Joseph Stiglitz— la crisis se debió en buena parte a que la profesión echó al olvido las lecciones aprendidas del pasado, en especial, el keynesianismo básico, y se entregó de nuevo al muy cuestionable paradigma de la infalibilidad de los mercados. Los economistas se cegaron ante la posibilidad de que la economía de mercado colapsara y, como ha escrito Krugman, confundieron la belleza de sus irreales modelos con la verdad. En esto tienen responsabilidad los muchos que han contribuido a darle a la economía unos niveles tales de abstracción que con frecuencia la divorcian de la realidad.

Finalmente, resulta difícil entender la figuración en el libro de algunos personajes o de ciertas facetas de sus vidas. Un caso es el de Beatrice Webb, quien no fue propiamente una pensadora económica ni dejó un notable legado intelectual. Después de apechar un largo capítulo —casi 50 páginas— sobre la juventud y la vida sentimental de Beatrice, el lector por fuerza se pregunta qué tiene que ver

esto con la idea que inspira al libro. Aunque llena de anécdotas y pasajes interesantes, la historia personal e intelectual de Joan Robinson y sus arrebatos maoístas es también una distracción. En cuanto a Schumpeter, cabe preguntarse qué relevancia puede tener el largo relato de su vida en Viena, salvo para contar sus excentricidades, que incluían un gusto por desafiar a la sociedad vienesa paseándose por las calles de la ciudad con una prostituta sentada en cada pierna. Luego de todo esto, el capítulo dedicado a Amartya Sen, el economista indio y Premio Nobel que ha hecho significativas contribuciones a la economía del bienestar y al estudio de la pobreza y las hambrunas, se lee como un anticlimax.

Grand Pursuit es un muy buen libro si no se juzga por el propósito de su autora, pues comienza como la historia de una idea cuyo hilo poco a poco se pierde. Por esta razón, la obra defrauda un tanto: no ofrece un articulado rastreo de cómo ha evolucionado la idea del progreso material en el pensamiento de los economistas. Pero es brillante en su narrativa de vívida prosa y en la explicación del contexto en que actúan los personajes que desfilan por sus absorbentes páginas.

HAROLDO CALVO STEVENSON
Universidad Tecnológica de Bolívar